

ALBUM LITERARIO,

PERIODICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Publicase los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Su precio en Madrid 4 rs. al mes y 10 trimestre. Se suscribe en la redacción, calle de la Encomienda, núm. 8, etc. principal, y en las librerías de la Viuda de Vazquez é hijos, calle ancha de San Bernardo, 17; en la de Cosca, Mayor; y en la de Durán, calle de la Victoria.

En provincias 14 rs. trimestre, dirigiéndose á la redacción y girando libranzas de fácil cobro á favor de la misma, ó en sellos de franqueo.

Breve reseña de la literatura Española.

(Conclusion.)

Hemos llegado ya á la época actual y literatura del siglo xix. Ciertamente que alguno de los escritores antes citados han alcanzado, y aun publicado, parte de sus obras al principio de este siglo; pero los hemos creído deber incluir en la época anterior, porque en ella se dieron á conocer y mostraron sus talentos. No me detendré mucho en hacer el análisis de los autores y escritores de este siglo, ya por lo mucho que sobre ello tienen escrito plumas mejor cortadas que la mía, ya también porque habría de detenerme más de lo que pide la breve reseña que escribo para un periódico: además, que tenía que herir susceptibilidades, y chocar con personas, cuyos talentos á la vez admiro, y con cuya amistad acaso me honro. Con todo, se nos presenta una cuestión interesante, á saber: *¿Ha tenido en este medio siglo algun adelanto la literatura española?* Críticos descontentadizos no han dudado en sostener no haber adelanto alguno, y que, á la vez que hemos visto prosperar las ciencias y las artes, que hemos presenciado los milagros del gas, del vapor y de la electricidad, la literatura se halla en un atraso y estado lamentable. Pero, aunque yo confieso no se halla en el estado brillante que era de desear, con todo, creo que nuestros adelantos científicos y nuestras conquistas políticas han traído en pos de sí célebres oradores, escritores de talento, ilustres literatos y célebres ingenios, que, libres de las trabas que antes imponían las preocupaciones, y otras causas que contenían el talento y ahuyentaban

á los verdaderos genios, han ilustrado con sus escritos nuestra patria. ¿Podrá decirse con razón que no ha adelantado nuestra elocuencia, habiendo tenido oradores como el virtuoso Argüelles, el florido Lopez, Martinez de la Rosa, Olózaga y otros varios? ¿Podrá sostenerse que ha atrasado nuestra locucion y literatura, contando con obras como las del filósofo Balmes, del historiador Toreno, y satíricos como Lafuente y Larra? Con poetas y autores dramáticos como el inspirado Zorrilla, el fecundo Rubí, el concienzudo Hartzenbusch, Zárate y Gutierrez? Con un autor cómico, tan fácil y gracioso, como Breton de los Herreros? Y últimamente, ¿no leemos con gusto las obras de Espronceda y otros muchos, que no nombro, que serán siempre la gloria de nuestra época literaria?

Desgraciadamente muchos apreciables ingenios han abandonado el ameno y florido vergel de la poesía por el árido campo de la política. Nuestras disensiones políticas, el escepticismo que desgraciadamente corroe nuestra sociedad, y otras causas, que no me atrevo á esplanar, son las que nos han arrebatado nuestros talentos, dejando el camino de gloria con que su genio les brindaba.

Mucho ha adelantado, repito, nuestra literatura en este medio siglo; pero preciso es confesar, que los grandes ingenios y talentos han tenido que sostener una lucha continuada para salvar nuestra literatura patria, amenazada de ser anegada y estinguida por la transpirenaica. Ingenios creadores formaron en Francia una secta particular, y talentos distinguidos la dieron un brillo con que deslumbraron, no solo al vulgo, sino á los talentos medianos. Entonces fué cuando un cúmulo de medianías, des-

cartándose y despreciando las reglas y preceptos del arte, eternos, por estar fundados en la naturaleza, inundaron con sus monstruosas producciones la república literaria. Traductores sin ciencia ni conciencia vertieron al castellano todo cuanto se publicaba de la nueva escuela. Algunos ingenios apreciables se dejaron llevar de la moda y arrastrar por la corriente; pero bien pronto, conociendo lo ridículo y monstruoso de la nueva secta, volvieron sobre sí, y anatematizaron la exaltación del *romanticismo*, dedicándose á combatirle, imitando las bellezas de nuestros clásicos antiguos. Esperemos, por lo tanto, confiadamente en que estos mismos escritores distinguidos por su genio y talento, proseguirán la obra comenzada, logrando destruir á tanto traductor inesperto y atrevido, que aun encenaga, con la versión al castellano de obras la mayor parte inmorales ó monstruosas, nuestro idioma, nuestra literatura y nuestros teatros.

Y vosotros, jóvenes estudiosos, que ahora principiáis á dar muestras de vuestro ingenio y talento, leed y estudiad nuestros clásicos antiguos y modernos; medita la propiedad de su dicción, su lenguaje puro y castizo, sus pensamientos sólidos, sublimes, patrióticos y bellos, y huyendo de tanto poetaastro como infesta nuestro suelo, del escepticismo que seca el corazón, de los goces que enervan el espíritu, y de tantos escritores como corrompen nuestra lengua con sus galicismos y frases transpirenaicas, seguid por el camino, que, imitando á la naturaleza nuestros grandes escritores os han marcado. No os acobarde lo mezquino de la recompensa y lo grandioso de la empresa, ni os rindais al cansancio y fatiga, ni os desanimen los envenenados tiros de la envidia, porque al fin de vuestra carrera hallareis una corona de laurel que ciña vuestras sienes, y una gloria inmortal é imperecedera. Decidme, si no: ¿admirarán los venideros á tantos autores y traductores de novelas frívolas y depravadas, á tantos malos rimadores, que quieren pasar por inspirados vates, á tantos traductores de dramas incoherentes, monstruosos é inmorales; como nosotros admiramos á Cervantes, Herrera, Lope, Calderon, Moreto, Moratin y Quintana? ¡Oh! no: sus nombres y sus obras percerán cuando ellos dejen de existir, y su sepulcro permanecerá oculto á las generaciones venideras.

JOSÉ GARCÍA FLORES.

Origen de los globos.

En una gran fábrica, á cuyo frente estaba un hombre distinguido por su honradez, su economía y la firmeza de su carácter, viviendo con la paz y tranquilidad de alma, rodeado de una esposa tierna y sensible, de muchos de sus parientes y de un gran número de operarios á quienes trataba mas bien como amigos que como á inferiores, nacieron dos hombres ilustres, que mas adelante debían honrar su nombre, los hermanos Montgolfier. Dichos hermanos nacieron en Vidaloux-les-Annonay, departamento de la Ardeche; el mayor, llamado José Miguel, el 26 de agosto de 1740; Jacobo Estéban el 7 de enero de 1745. Sus estudios fueron lo mismo que los de otros tres hermanos, encaminados á las ciencias; cuando llegaron á la edad en la cual se puede apreciar todo su valor, las cultivaron por gusto, por pasatiempo.

José, estaba dotado del espíritu de invención, y aunque de un carácter mas dulce y mas modesto, no pudo someterse á las reglas metódicas del colegio de Annonay donde estudiaba con sus hermanos. Sus ideas se dirigian á la mecánica y ciencias físicas; él necesitaba instrumentos, no libros, para completar los difíciles cálculos á que se entregaba con pasión y para juzgar los efectos que pudiese esperar de cualquiera máquina, que inventaba mentalmente con una perfección y una destreza que muchos hombres ingeniosos y doctos hubieran envidiado. No encontrando lo que necesitaba, formó el proyecto de pasar el Mediterráneo y vivir aislado: partió cuando solo contaba trece años; pero el hambre le detuvo en medio de su camino, y vuelto al seno de su familia, le fué indispensable volver otra vez al colegio. Poco tiempo estuvo en él, pues segunda vez se fugó, y llegó á la ciudad de San Estéban; una vez allí, oculto en un humilde aposento, se entregó á los experimentos químicos, fabricó el azul de Prusia y varias sales útiles á las artes, que él mismo vendía. El producto de su venta le suministró los medios de ampliar sus escursiones, de comprar libros, herramientas, y poder marchar á París. Su objeto era trabar conocimiento con los hombres mas ilustres de la época, y aprender en sus reuniones los conocimientos que queria adquirir.

Mientras tanto su padre le llamaba á su lado para colocarle al frente de una parte de su vasto establecimiento. Semejante proposición le halagó, y le vemos segunda vez de vuelta con el objeto de poner en ejecución todo lo que fermentaba en su cabeza emprendedora. Nuevas contrariedades le esperaban. Sus continuas distracciones, la bondad de su carácter, y su buen natural, le llevaron de pérdida en pérdida, y fué preciso abandonarlo todo: de vuelta á Annonay,

su padre le decidió á contraer matrimonio con una de sus parientas, mujer económica, cuya prevision fué un noble contrapeso á la indiferencia que su esposo hacia de los intereses domésticos.

Estéban, destinado á la arquitectura, fué enviado con tiempo á París, donde hizo sus estudios bajo la direccion del célebre Sauflot del Hotel-Dieu de Lyon y del Panteon francés; bien pronto se puso en estado de poder levantar planos para varios edificios públicos. Habia profundizado de tal manera el estudio de las matemáticas, que pasaba por uno de los mas distinguidos, y prometia las mas grandes esperanzas. Las vigiliass y el trabajo no le arredraban jamás, con tal que llegase á la resolucion de un problema, por complicado que fuese, de aquellos que fatigan y cansan el entendimiento. A la edad de treinta años, volvió á Annonay, por obedecer á su padre, á quien amaba apasionadamente, y se unió á su hermano José con el objeto de perfeccionar las operaciones de su fábrica y hacerse superior á todo aquello que la Europa podia citar entonces como mas perfecto.

Mientras José simplificaba los procedimientos de la fabricacion del papel comun, daba una nueva vida á la de los papeles pintados que fabricaba de diferentes materias; mientras hallaba el arte de preparar las planchas estereotípicas, y continuar una especie de máquina pneumática, con ayuda de la cual dilatava el aire en sus moldes; interin inventaba una bomba de especie particular, donde el agua, reducida á vapor, no penetrase en la composicion de la máquina (plan cuya oposicion á escribirlo no le permitió darlo á conocer de una manera exacta), su hermano Estéban introducía mejoras importantes en la preparacion de las colas, en la distribucion de los enjugadores, inventaba formas para el papel de marca mayor (tamaño entonces desconocido); encontró el secreto del papel vitela, y todas sus numerosas experiencias fueron obra del estudio: ellos habian hecho bastante ya por la gloria de su nombre, por la prosperidad de su establecimiento, por el progreso de las artes é industria nacional. Pero todos estos trabajos importantes no eran á sus ojos mas que los preliminares de otros mas importantes todavía.

En 1777 salió á luz en Francia la traduccion de una obra de Pricolley sobre las diferentes especies de aires, publicado en Lóndres doce años antes.

Cae en manos de los dos hermanos; leerlo, comprender toda su utilidad, extraer lo mas importante y estudiar sus numerosas consecuencias, fué obra de un momento, y los dos hermanos exclamaron: «Ahora ya es posible navegar por los aires.» Los cálculos, las experiencias, vinieron á fijar este nuevo pensamiento para dar fuego á la chispa escapada de su talento. Y sin embargo, estos cálculos, estas experiencias, no

bastaron á calmar su impaciencia; y entregándose de comun acuerdo á todas las profundidades de la investigacion, ensayaron reunir el humo en cantidad suficiente para obtener una fuerza ascensional; despues el gas hidrógeno, el vapor, el agua, y el flúido eléctrico: ellos se concentraron al flúido proviniendo de una mezcla de paja y lana picada. Hallado el motor, faltaba inventar la capacidad para contenerlas, y el peso que debia retenerle é impedir que se elevase enteramente.

(Se continuará.)

Suscriptor.

ANTONIO MANJARRÉS Y SIERRA.

ESPOSA Y HERMANA.

DOS AMANTES Á UNA REJA.

La última campanada de las doce anuncia á la ciudad de Salamanca, que el primer día del florido abril de 1521 ha concluido, marcando uno mas para los vivientes, el incansable reloj del tiempo. *Roma la chiquita* se asemeja á un vasto cementerio: sus altas torres parecen otros tantos gigantes, enseñoreándose del espacio, y el tañido de sus sonoras campanas llama á maitines. La luna luce á intervalos, dando á este cuadro un tinte poético, á la par que triste: ligeras nubes enturbian la celeste bóveda, y amenazan destronar los reyes de la noche; un fresco vientecillo sopla del Tórmes, envolviendo en sus ondas el lejano y agorador ahullido de un perro, al que hacen coro las lechuzas y cornejas que graznan despavoridas, atravesando los aires. Un bullo negro se mueve en la oscuridad: es D. Gonzalo de Robles, que embozado en su tabardo, espera á su amada; y así es en verdad: el ténue chirrido de una ventana le anuncia su presencia.

—¡Maria! ¡Gonzalo mio! exclamaron á una los dos amantes. —¡Pero lloras! ¡Quién te ofende? continuó Gonzalo.

—Sé que te ausentas, acaso para siempre... nada me has dicho. ¡No me amas ya, Gonzalo!

—Mas que nunca, hermosa mia; pero la cruz que al pecho llevo, me impone deberes muy sagrados: Castilla me necesita; soy comunero.—Cual feble rama herida por el huracan, cayó Maria sobre el cerco de la ventana al escuchar la última palabra; pero incorporándose de repente, dijo: —¡Huye, Gonzalo... mi padre te busca... ya lo adivino todo! Ha salido á prender un jefe comunero, y ese eres tú... huye... huye, que la muerte te espera... yo te buscaré. ¡Mas no oyes?... Ellos son; huye, huye.»

Confuso rumor de pasos se percibian, y D. Gonzalo

estrechando la mano de María estampó en ella sus amorosos labios. La viva luz de un relámpago iluminó la escena; la ventana se cerró, y él se puso en marcha con sereno continente; mas al doblar la esquina de la calleja, para entrar en la calle de Zamora, un ¿quién va? hirió sus oídos, mas que una descarga de falconetes; reconociendo en la voz al padre de María. Un espantoso trueno evitó contestar á D. Gonzalo.

—¿Quién va? repitió la misma voz, á la que otra ronca por el coraje, respondió: *El diablo*. Y como un enjambre de abejas, se movió sordamente, con intencion de huir, una nube de embizados corchetes, que santiguándose devotamente dejaron ver á la luz de sus moribundas linternas, el rostro de D. Gonzalo.

—¡El es!... ¡A él!... gritó el alcalde, y una jaula de acero se formó en derredor de Robles, que, desenvainando su espada de gavilanes, y acometiendo furioso, derribó dos á las primeras estocadas, teniendo ya franco el paso, cuando cayó en tierra dejando escapar un «¡ay!» que partió el corazon: estaba herido y rendido. Inmediatamente cargaron con él, y entrando en casa del alcalde le dejaron en una habitacion, cerrando tras sí la puerta.

La tempestad seguía y los relámpagos y los truenos menudeaban.

Un momento despues sintiéronse correr los pesados cerrojos, y la puerta giró sobre sus goznes; el padre de María, acompañado tan solo de una linterna y una daga, penetró en la estancia.

D. Gonzalo yacía tendido en tierra, revolcándose en su sangre; sus sienes latían con violencia; quiso hacer un esfuerzo para levantarse, y cayó otra vez dando un quejido.

—¿Cómo os llamais? preguntó el alcalde.

—Gonzalo de Robles... y comunero.

—Pues bien, señor comunero, preparaos á morir; se os acusa de haber mantenido ilícitos tratos con una judía, y la santa Inquisicion os reclama.

—Mienten... ¡Cobardes!... respondió Robles, devorado por la fiebre.

—No os desmentir al Santo Oficio, pues se le aplicará el tormento. Además, habeis intentado seducir á mi hija; habeis muerto dos de mis mas fieles servidores, y yo tambien os acuso.

—¡Cobardes... traidores! murmuró fuera de sí D. Gonzalo; y la vivísima luz de un relámpago penetró por las rendijas de la ventana; un medroso trueno hizo temblar las paredes del edificio. El alcalde quedó como petrificado, y huyó cerrando tras sí la puerta: y poco á poco el ruido de sus pasos se fue apagando, y todo volvió á quedar en silencio.

LA FUGA.

Empezaba á declinar la tempestad, arrastrada por un desencadenado viento que, asemejándose á las mugidoras olas de la mar, no dejaba percibir los truenos ya mas lejanos, y solo la luz de los relámpagos reflejaba en las nubes apiñadas, dándolas una medrosa color.

D. Gonzalo, revolcándose furioso, no apercibió una feble claridad que iluminaba la estancia. María, pálida y descompuesta, se habia lanzado á salvar á su querido, valiéndose de una poterna, cuyo secreto la confió su madre. El comunero á su vista, creia soñar, pero viendo la realidad, y ayudado por ella, logró sentarse en un sillón. María con un arrojé varonil, se ocupó inmediatamente en reconocer la herida, limpiar la sangre que á su alrededor se habia coagulado, y aplicar un ungüento que su padre tenia para estos casos.

Cual tímida gacela herida por venenosa flecha, quedándose de repente la sentida y amorosa niña. Habia percibido claro rumor de pasos; y un sudor frio bañaba su hermosa frente; la respiracion ténue y agitada se hacia mayor, por contener su aliento. No acertaba á moverse, y apoyada en el sillón de su amante, miraba con desencajados ojos hácia la puerta. Una se abria en aquel mismo instante, pero se cerró á los pocos momentos.

El ruido de una conversacion que murmuraban al lado de la reja, sacó de su éxtasis á la amante de D. Gonzalo.

—No hay cuidado, vólemos; el jefe habrá muerto á nuestra vuelta, y si no... morirá...

—¡Viva el emperador! gritó una voz.

—Silencio es lo que importa; murmuró la del alcalde. Obremos... corramos... Y confuso tropel impidió oír el resto de aquella misteriosa escena.

—Los momentos son preciosos, dijo María un tanto sosegada, y entregando un traje á su amante, desapareció.

Como una loca penetraba en la caballeriza, y entregando un bolsillo lleno de oro á uno de sus criados, volvía á desaparecer, despues de hablarle algunas palabras al oído.

La tempestad habia cesado, y el astro de la noche luchaba con las nubes, dejando entrever algunos de sus plateados rayos.

Dos sombras cruzaban un ancho patio, dirigiéndose sin vacilar al hueco de una puerta, y pugnaban como por abrir; oyóse correr una llave y un prolongado chirrido, ocasionado por unos mohosos goznes. Tres personas y tres corceles salian con misterioso silencio por una puerta que daba al campo.

¡ERA SU HIJO!

Llanos, barrancos y peladas lomas forman el árido camino de Torrelobaton á Toro. Sin embargo, á la mano izquierda, se recrea la vista en un jardín, formado de huertos verdes y frondosos árboles, que viven con las brisas del Duero, cuyas aguas se deslizan tranquilas pero murmuradoras y juguetonas, rozando las dobladas ramas de los sauces de la ribera.

Pasada una puertecilla que hay sobre el Ornija, divisase el pueblo de Villalar, alzado sobre la meseta de una colina, como para presenciar la derrota de las comunidades.

Es el 23 de abril de 1521, día de luto y ténebre recuerdo para los habitantes de este país, actores, mas que espectadores, de un sangriento drama que en él se representa. Tropas que van, vienen y corren; muertos aquí y acullá; pendones destrozados; carros y cañones deshechos; fuego, ruinas, desolacion y muerte, queda para contar despues á sus hijos los que sobrevivan. El combate en el momento que nos ocupamos, ha cesado, mediante una tregua de ambas partes.

D. Pedro Maldonado Pimentel, capitán de Salamanca, conversa con D. Gonzalo de Robles, que lleva el pendon de su disminuida hueste. Un apuesto y garrido mancebo tercia con ellos, ostentando en su pecho la cruz morada de la comunidad.

—¿Quién es aquella dama que viste traje de guerra? preguntaba Robles, señalando hácia Villalar.

—Catalina Ronquillo, la sobrina del alcalde; respondió Pimentel. Mirad, el que va á su lado en un mulo, es fray Antonio de Guevara, y si no me equivoco, aquel...

—¿Mi padre! exclamó asustado el mancebo, en quien el lector habrá ya conocido á María, que por su amor á Gonzalo, se hallaba en aquel traje y en aquel punto.

—¿Oís las trompetas, las chirimitas? gritaba el toledano, Juan de Padilla. ¡Salir de Torrelobaton!... ¡Eso quieren los imperiales! ¡Juan Bravo, corred, detenedlos!...

Pero ya era tarde; los impacientes comuneros habian vuelto á abrir la batalla, y los capitanes de Toledo y Segovia se lanzaban en medio de la pelea.

—¡Salamanca, á ellos! ¡Seguidme! ¡Santiago y libertad! y como desencadenada furia entró tambien Pimentel en el combate, seguido de los suyos.

Una menuda lluvia de primavera habia convertido en un pantano los llanos de Villalar. La artilleria comunera no podia obrar, por la traicion de los judios que la dirigian, menos aun con haber mojado la pólvora; así que cada fogonazo iba acompañado de un grito de rabia y una sarta de maldiciones. El chocar

de las pesadas armaduras, ayes de muerte, y aterradoros grupos de combatientes, es lo único que se oye y ve. D. Rodrigo Ronquillo, alcalde de Valladolid, acompañado de un numeroso séquito de soldados y corchetes se destaca en la pelea, llevando á su lado su compañero el de Salamanca, que con los ojos chispeantes y dando tajos y mandobles, se abre paso por entre las tropas de Maldonado.

—Padre mio... ¡perdon! exclamó una voz, y María al reconocer á su padre, caia en tierra al mismo tiempo que su amante.

—¡Socorro... socorro... mi hija! gritaba esforzándose por volverla en sí; y poco á poco incorporándose, púsose resuelta en pié y como buscando alguna cosa. ¡Gonzalo... Gonzalo mio!...—¿María! respondió á su lado una voz casi apagada.

D. Gonzalo, mortalmente herido, estaba medio sepultado en el fango. María, pronta y delirante, rasgaba con su daga las ensangrentadas ropas de su esposo, despues de haberle desceñido la armadura. ¡Mi hijo... Dios mio! exclamó una voz, de que María no se apercibió.

—¿Gonzalo... Gonzalo! Ese medallon, ¿quién te le ha dado?... ¿De quién es? preguntaba el alcalde fuera de sí, y sin separar la vista del pecho del moribundo.

—¿Mi madre... ella... me... lo... puso!... respondió Gonzalo, cayendo en los brazos de María.

—¿Mi hijo! ¡Tu hermano!... ¡Perdon, Dios mio! exclamó, dirigiendo sus ojos al cielo en suplicante postura el padre de María y de Gonzalo, y este clavando en el alcalde su postrer mirada, espiró en los brazos de su esposa y hermana.

Al siguiente año, en el 23 de enero, número del mismo día de abril, en que fueron derrotados los comuneros, María daba á luz un niño, fruto de sus tristes amores, que murió á las pocas horas. Un mes despues, y sola en el mundo, le abandonaba para consagrar á Dios el resto de su vida.

GRACIO FERNANDEZ VÍTORRES.

24 de febrero de 1858.

Á LA GLORIA.

ODA.

Á MI AMIGO D. MANUEL ALVAREDA.

Cuán bello es contemplar la obra maestra
Que el Hacedor sacase de la nada;
Donde supremo y fuerte nos demuestra
Su grandeza eminente y celebrada.

Estático me postro al ver la tierra,
Girando en el vacío inmensurable,

¡Ay! del saber la entrada se nos cierra,
Cayendo en sima lóbrega é insondable.
¡Oscuridad! La máquina celeste,
Los ejes diamantinos do se estribe,
No veremos jamás; que en el celeste
Santuario su secreto solo vive.

Aunque estudien los ojos en los mares
Que encarcela la tierra en sus orillas,
No espresarán jamás nuestros cantares
De tanta majestad las maravillas.

¡Cuán bello el azulado firmamento
Tachonado de límpidas estrellas,
Disipadas las nubes por el viento,
Si la argentina luz entoldan de ellas!
¡Cuán bello el contemplar estasiado,
De campos de esmeralda la verdura!

¡Y al soplo de las auras animado,
A inmenso sér como engendró natura!

Y entre mantos de rica argentería,
Matizados por sutiles colores,
¡Cuán bello es admirar nacer el día,
Esparciendo la aurora sus fulgores!

Escarchadas de plata hebras de oro,
Que por perlas y nacar van bordando,
Derrama la matrona su tesoro,
Al terráqueo planeta fecundando.

¡Y escuchar el gorgéo de las aves,
Y de las fieras el letal rugido!
¡Y de los hombres las plegarias suaves,
Y ver las plantas de fluvial vestido!

¡Y recrearse en contemplar suspenso,
Serpenteando por la verde alfombra
La linfa de un arroyo, que en descenso
Va humeciendo á quien le da su sombra!

Sublime es admirar tanta hermosura,
Tan mágico placer y arrobamiento:
Al estro da ambicion su galanura,
Y alas al atrevido pensamiento.

.....
¡Gracias, Señor, que alejas los placeres
De mi deseo túrpido un instante,
En donde las impúdicas mujeres
No miro con su crápula delante!

No atormentéis mis fuerzas apocadas
Mundanales fantasmas que abomino,
Con vuestras seducciones depravadas,
Que es lúbrica ansiedad del libertino.

Caterva de fantásticas quimeras
Tus álitos narcóticos retira,
Porque mi ansia zozobrante vieras
Que á otro mas noble pensamiento aspira.

¡Gloria! su luz no mas es mi deseo,
La busco con afán.... por no sé dónde:
Porque en mi entusiasmado devaneo

Ya penetrar quisiera en dó se esconde.

Gigante Genio, majestad galana,
Sorba el estigma de mi frente á mares,
Tu linfa chispeante y soberana,
Para que fuego broten mis cantares.

Quiero seguir en mi delirio loco
De un jóven genio los gigantes pasos;
Y elevando mi voz, al cielo invoco,
Su ayuda, por salvar torpes retrasos.

¡Gloria! me grita el alma encarcelada,
Como el cautivo libertad pidiera;
Y ¡Gloria! en mi ambicion acobardada,
Con entusiasmo repetir oyera.

¡Gloria! te he visto reflejar altiva
En la frente inspirada del poeta,
Y del guerrero en la armadura altiva
Y del marino en la expansion secreta.

Intrépidos surcaron con tu llama
La inmensa latitud del Océano,
Colón, Hernán-Cortés, Vasco de Gama,
Pizarro, Magallanes, Arellano.

De sutiles cenizas solo el arca
De sus genios la Italia hará memoria;
Mas de Virgilio, el Dante y el Petrarca,
Los lauros del presente son su gloria.

La tumba nos quedó del grande Fidio,
Mas guarda en cambio Grecia sus cinceles;
Las trovas guarda Italia de su Ovidio,
Y las molduras hablarán de Apéles.

El mundo ensalzará los hechos miles
Del sabio y del intrépido guerrero:
La gloria brillará siempre de Aquiles
En los renglones métricos de Homero.

La España nada mas los mausoleos
De sus bravos patricios solo salva,
Aunque la gloria esculpe los trofeos
De los Cid, los Gonzalo, y duque de Alba.

En mi blanco tugurio yo te espero;
Ven, yo te llamo con deseo ardiente;
Inspira con tu aliento lisonjero
A mi aterida y demacrada mente.

Si á mis ecos te muestras aun ingrata;
Si quier sustenta mi ilusion hermosa,
Sé compasiva á mi tenaz soñata,
Por aerte mi ambicion tan cariñosa.

¡Gloria! ven; no me abandones,
Arda en mi pecho tu llama,
Estro divino derrama
En mi escarnecido sér.

Pon tu gérmen fervoroso
En mi númen palpitante,
Y que endulce fecundante
Mi acibado padecer.

Yo cantaré con tu fuego

La verdad y la mentira,
Sonando dulce la lira
Al plañir de la verdad.

Mientras á la farsa impúdica
Y á los menguados placeres,
De asquerosos caracteres
Revestiré en su maldad.

Yo os prometo ¡ gloria escelsa !
Cumplir mi pobre palabra,
Como de mi estro abra
Las puertas tu inspiracion.

¡ Oh ! si: majestuosa imágen,
¿ No aspiro á alcanzar tu llama ?
Si yerro, pronto la fama
Matará mi creacion.

Vision fantástica, gira
En mi torno, y no te alejes,
Remueve los torpes ejes
De mi ambicion estival.

El mundo se aduerme acaso
En sus detestables goces,
Sin ver que pasan veloces
Las horas del bacanal.

Yo ensalzaré en mis cantares
A la justicia, á la ciencia,
Insultaré la indolencia
Y encumbraré la virtud.

¡ Dadme coronas y lauros
Aunque marchitos mañana,
Como una memoria vana
Circunden á mi ataúd !

ISIDRO VELASCO,

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA.

ROMANCE I.

El cerco á Granada, puesto
Tienen con sus tercios bravos
Isabel la Castellana,
Y el Católico Fernando.

Cuánto holgara, dijo el rey
Una noche platicando
En su tienda, saber cierto
El orden de los contrarios ;

Y cuál es, dentro en la plaza,
De la defensa el estado ;
Que sin tener lengua de ello,

Asaltalla es temerario.

Oyó la plática Hernán,
Que de Pulgar es llamado,
Y paso y con disimulo
Se sale luego hácia el campo.

Sin otra compañía mas
Que su aliento y que su brazo,
Para la puerta de Elvira
Denodado cruza el llano.

Y al llegar cerca del Beiro
Se pára á pensar un rato,
Y á contemplar en su empresa,
Por dalle traza y recaudo.

Por entre lóbregas nubes
La luna, de cuando en cuando,
De su luz dejaba ver
Algun pasajero rayo.

Súbito en esto Pulgar
Oye pisadas de casco,
Y brillar ve un terso acero
Por entre el ramaje opaco.

La espada empuña y « ¿ quién va ? »
Pronuncia con audaz lábio ;
Cuando héte encima un airoso
Árabe ginete armado.

« Atrás, dice, y en paz vuelve :
Vuélvete luego á tu campo ;
Algun mal fecho meditas,
Atrevido castellano.

« Vete en paz, que aunque pudiera
Castigarte, no me ensaño
Nunca cuando llevo cierta
La ventaja á mi contrario. »

« Pues yo me ofrezco sin ella,
Replica el de Pulgar bravo,
A hacer ver que no me espantas
Ora á pié ú ora á caballo.

« Atrás yo jamás me vuelvo,
Que es mi sangre de hijodalgo ;
Si tú sustentas tu dicho,
Habrémnos de disputallo. »

« En buen hora, y á pié sea,
Repone el moro gallardo,
Que si tú eres caballero,
De caballero me alabo. »

Y en esto, sin decir mas,
Se pone en tierra de un salto ;
Iguales son los aceros,
Igual el valor y brazos.

Como caballeros riñen :
Dudoso fué el trance ; al cabo
La palma de la victoria
Da la fortuna al cristiano.

Con los despojos y arreos

Del vencido, disfrazado,
Marcha Pulgar, y en Granada,
Entrar logra sin reparo.

Toda la ciudad discurre,
Los muros y adarves altos
De la Alcazaba tantea,
Y en todo nota los flancos.

Mas antes de retirarse
De Santa Fe para el campo,
Dejar de su empresa quiere
En Granada un signo claro.

Escrita un Ave María
Sobre un pergamino blanco
En medio de Biharrambra
Fija de un astil colgando.

(Se continuará)

DOMINGO RUIZ DE LA VEGA.

Á LA SEÑORITA DOÑA G. G.

¡Hace un año!... En vano lucho;
No cura el tiempo mi pasión primera,
Turba mi mente con su voz severa,
Y comprime mi ardiente corazón;
Ni el tiempo ni el olvido son bastantes
Para curar mi loco desvarío;
Hace un año que riega el llanto mío
El triste ensueño de fatal pasión.

¡Ah!; Yo era joven! todo ante mi vista
Lo matizaban mágicos colores.....
El cáliz embriagante de mil flores
Ostentaba sus galas hacia mí.
Y todo estaba de ilusión velado;
El mundo ante mis ojos sonreía;
Y tan solo en amarte, vida mía,
Disfrutaba mi ardiente frenesí.

Yo aquellas flores que en hermoso campo,
Brillaban cual tejido de esmeraldas,
Las arranqué para formar guirnaldas
Con que ceñirme la ardorosa sien.
Entonces fué do pronunció mi labio
Cual ninguno solemne juramento,
Y desde entonces comenzó el tormento
Que ya disipa mi amoroso bien.

Y ahora, amor mío, que en eterno lloro
Paso los días de doliente pena,

De arrugas mil mi frente ya se llena
Con la abrasada labia del dolor;
Y así mis horas fatídicas se pasan
Sintiendo mi razón febril delirio,
Y en mis ensueños de cruel martirio
La sombra me persigue de tu amor.

Tras de esa sombra querida, idolatrada,
Tras de esa hermosa, mágica ilusión,
Corre incesante mi tenaz pasión
Buscando su dichoso porvenir.
Pero ¡ay! que luego se disipa pronto
Esa visión de mi soñar ardiente,
Y despierto se agrupan en mi mente
Tristes recuerdos que me harán morir.

ISIDORO GARCÍA FLORES.

ROMANCE ALEGÓRICO.

Cierto rosal cultivé
Con la eficacia mayor,
Querido de mi deseo,
Plantado en mi corazón:
A los ojos les pedía
Agua para su verdor,
Aire á mi pecho en suspiros,
Fuego á mi dulce pasión.
Mis brazos le hacían sombra,
Porque no le ajara el sol,
Y mi aliento le abrigaba
Si era fría la estación;
Y cuando ya iba á premiar
Con la bella producción
Cuidado tan excesivo,
Desvelo tan superior,
Traidora mano le arranca,
Y el corazón me partió,
Dejándome asidos de él
Partes que su centro son.
¡Ay, hermoso rosal mío!
¡Ay, tiernas hojas! ¡Ay, flor!
¿Qué se hicieron tus espigas,
Que no hirieron al ladrón?

RICARDO BARON.

El editor responsable, D. ANTONIO NUÉVALOS.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO, Plaza de los Ministros, 2.